

# GANADOR EDICION 2017

---

Nº 15

Pedal de hombre muerto

1.-

Las risas infantiles en septiembre le parecían siempre a Lalo risas más estridentes y excitadas que las del resto del año. Como si con sus carcajadas y sus gritos quisieran simular los niños una diversión infinita que borrara de un plumazo el final del verano que los acechaba a la vuelta de la esquina. Casi podía masticar Lalo aquellas voces, finas como púas de un erizo, que ascendían flotando desde el patio interior hasta su tercer piso y que se le clavaban bajo la piel sin compasión.

Lalo se pasó nerviosamente las manos sobre su cabeza rapada. Había empezado a temblar hacía ya unos cuantos minutos. Era Lalo un flan sudoroso de ciento veinte kilos de peso, y no podía soportarlo más. Por qué tenían que jugar aquellos niños bajo su ventana. Por qué lo torturaban de aquel modo. Él intentaba evitarlos pero parecía que ellos disfrutaban persiguiéndole.

-Ya está el estofado – gritó una voz desde el otro lado de la puerta.

-¡Que me dejes en paz!

Lalo comenzó a contar: uno, dos, tres, cuatro... Al llegar a cinco el picaporte de su puerta giró lentamente, y una mujer encorvada y con aspecto de haber aguantado un siglo de quejas detrás de un mostrador de atención al cliente entró en el cuarto.

-Pero hijo, ¿es que no vas a comer nada?

-Te he dicho, mamá, que ahora tengo que dormir. Esta noche trabajo.

-¿Cómo vas a descansar con este escándalo? – dijo la mujer bajando el primer tercio de la persiana.

-¡No! Déjala como está y vete.

-Bueno, entonces iré a decirles algo.

-Mamá, por favor, no hagas nada de nada. Olvídate del ruido. Olvídate de mi. Sal de mi dormitorio. Vete al salón y ponte a ver la puta telenovela.

-¿No estarás pensando en hacer alguna tontería?

-¡Mamá!

-Está bien hijo, está bien.

La mujer se acercó arrastrando sus pies de felpa hasta Lalo, le dio un beso de carmín agrietado en la coronilla y desapareció en el pasillo con la espalda congestionada de una mujer que llora.

Lalo suspiró largamente hacia dentro, inundando sus pulmones de un fuego que ya no podía ignorar. Miró un momento los objetos de su estantería: una muñeca tuerta, una pelota de tenis, una mochila verde y un libro de ortografía. Se dejó caer lentamente al suelo en una espiral febril de abandono y caminó de rodillas hacia la ventana.

Asomó entonces, ligeramente, su cabeza por el hueco que quedaba entre la persiana y el alféizar. En el fondo del pozo en el que se sumergía, un grupo de doce muchachos de unos diez u once años correteaba tras un balón. Al verlos, el gesto de Lalo se descompuso, se volvió líquido, suplicante, devoto. Mientras los contemplaba parecía estar viendo el amanecer de la primera mañana, o la explosión de alguna estrella, o los rincones más profundos de un mar desconocido. Observaba con atención de entomólogo sus zancadas largas, y el brillo dorado de sus pantorrillas, y sus labios apretados en un último esfuerzo por llegar a una pelota que se pierde.

En un momento dado uno de los equipos marcó un gol, y los ojos de Lalo se precipitaron en un frenético vaivén entre la euforia del abrazo en el que envolvían los compañeros al autor del imparable testarazo y la necesidad de consuelo que el portero batido parecía reclamar con aspavientos y unas muecas de fastidio cercanas al lloriqueo. En ese instante una ráfaga de aire cerró de golpe la puerta del dormitorio. El estallido del conglomerado contra el marco de madera sacó a Lalo de su ensoñación. Echó un último vistazo a los niños y sintió ganas de gritar. Se quitó la camisa, tomó un cúter y no dudó ni un segundo al hacerse tres cortes limpios bajo el pecho izquierdo que le colgaba como un adorno de Navidad sobre los pliegues del estómago. Después rodó sollozando hacia su cama, se bajó los pantalones y se sentó sobre el colchón.

## 2.-

Cuando Luis corría, todo su cuerpo se volcaba hacia la izquierda, en una torsión imposible que amenazaba con quebrarlo a cada paso como si fuera una rama seca. Quienes lo veían por primera vez sentían el impulso inicial de lanzarse a socorrerlo ante una inminente caída, pero, justo antes de rozar el suelo, Luis elevaba siempre su tronco y seguía avanzando mágicamente, dejando a sus salvadores con los brazos extendidos y las mandíbulas desencajadas ante lo que acababan de presenciar.

-¡Me cago en tu vida!

Luis tenía una pierna considerablemente más larga que la otra. Para compensar la desproporción debía llevar una bota ortopédica que al caminar le hacía balancearse como a una barca en un mar en calma. Al principio, en el colegio, los otros niños no le dieron demasiada importancia al asunto, pero, una tarde como cualquier otra, dos o tres años atrás, a alguien le había parecido buena idea empezar a llamarlo Pistorius.

-Pistorius, macho, no ves que a ése lo tenías que defender tú – gritó el portero.

Sus amigos, sin embargo, no se habían atrevido a usar el apodo hasta el curso anterior. Al comienzo lo hacían cuando él no estaba delante o cuando creían que no les escuchaba. Después, el nombre se hizo tan habitual en los recreos y las charlas de pasillo como las collejas al nuevo y los bocadillos en la papelera. Finalmente, al mote se sumaron unas burlas cada vez más frecuentes y ásperas.

-Pero, ¿qué dices? Mira, si eres un puto inútil, a mi no me echas la culpa. El balón te ha pasado al lado de la pierna. Aprende a estirarte si quieres ser portero, coño.

En la última clase antes de empezar las vacaciones el pupitre de Luis apareció cubierto de bastones, muletas y herraduras. Ese día, Luis supo que definitivamente se había quedado del otro lado, que ya nunca podría penetrar en las confidencias de Lucas, ni en los planes de Chente, ni en los juegos de Ramón, que ya no sería más que un apéndice molesto, una especie de mascota cómica en cualquiera de los grupos de preadolescentes a los que se le ocurriera aproximarse.

-Me vas a decir a mi como estirarme, cojo de mierda.

El portero se quitó los guantes y se le tiró directamente al pie izquierdo. Luis odiaba aquello. Odiaba al portero. Odiaba el fútbol. Odiaba su bota ortopédica. Y odiaba a su familia. A veces sentía ganas de rendirse, de largarse de allí, de dejarlo todo atrás y de construir su propio mundo.

Durante todo el verano lo había conseguido, se había mantenido alejado de sus amigos y de sus desprecios, pero ese día su padre se había cansado de verlo holgazaneando y lo había echado de su propia casa.

-Vete al parque. Sal a jugar. Haz algo y deja de compadecerte de ti mismo.

Unos minutos después de que el portero le cayera sobre su pierna corta, Luis salió sangrando por la nariz del improvisado campo de fútbol en el que se había convertido el patio interior de la urbanización Los Cisnes. Llevaba puesta su chaqueta rojiblanca de punto fino que durante el partido había servido como poste.

Caminó alrededor de la manzana durante media hora. Finalmente entró en el callejón en el que descargaban los camiones del supermercado, se sentó en unas escaleras de piedra, se quitó la bota ortopédica y la lanzó hacia unos contenedores. Después, del bolsillo trasero de su pantalón sacó un pequeño paño azul. Era un trozo de la sábana en la que lo habían envuelto al nacer. Lo había cogido de un álbum de fotos de sus padres que hojeaba de vez en cuando. A Luis le gustaba detenerse en las fotografías en las que aparecía de recién nacido. Acurrucado en los brazos de su madre sus piernas no importaban. Allí todo era más sencillo.

Luis se llevó el trozo de tela a la nariz y aspiró profundamente. Entonces escuchó un ruido a su espalda y, en milésimas de segundo, escondió el paño azul dentro de su calcetín. Lo último que le faltaba es que sus compañeros de la escuela descubrieran que guardaba un pedazo de sábana infantil en su pantalón.

-¿Queréis dejarme en paz? – chilló.

Cuando se dio la vuelta, Luis sintió como si el sol desapareciera. No era ninguno de sus amigos. Una sombra gigantesca se había interpuesto entre la luz y él. Poco a poco sus ojos se habituaron a la repentina oscuridad y pudo descifrar que la sombra pertenecía a un hombre gordo.

-¿Estás bien? – preguntó el hombre.

En la solapa del hombre gordo colgaba una chapa de vigilante de seguridad. Chente le había dicho alguna vez a Luis que todos los vigilantes estaban chiflados, pero el tipo que estaba frente a él le sonreía de manera amistosa, casi bobalicona.

-Me parece que necesitas hablar – dijo extendiendo su mano hacia el muchacho.

Luis miró aquella mano abierta. El hombre gordo tenía la cabeza rapada y sudaba muchísimo. Sudaba tanto que parecía que se acabara de dar un baño en un pantano. Luis siguió observando a aquel hombre durante unos segundos. Algo le decía que no debía fiarse de él, pero no había cerca nadie más, y era la primera vez en mucho tiempo que alguien le ofrecía una mano amistosa.

### 3.-

Sara se agachó despacio, arriesgando en el movimiento la integridad de su falda de tubo. Tomó la lata vacía del refresco que acababa de beber y la arrojó con fuerza hacia los adolescentes que le dedicaban gestos obscenos desde el lado opuesto de la calle.

-Pero, ¿qué haces? – gruñó el cámara.

-Me ponen enferma.

-No les hagas caso. Entrás en menos de un minuto, ¿estás preparada? – preguntó el ayudante de producción quitándole una hebra de hilo negro que se le había enredado en su larga cabellera rubia.

Sara no contestó. Llevaba una semana haciendo guardia junto a la casa de los padres del niño desaparecido. Cada mañana, después de desayunar, vomitaba al pensar en su trabajo. Llevas poco tiempo, le había dicho su director, ya te acostumbrarás. Pero no, no

lograba acostumbrarse. Quería irse lejos. Quería dejarse envolver por el hedor de alguna granja perdida en mitad de la nada. Quería empezar de cero.

-¿Sara?

-Sí, sí, claro. Estoy lista.

-Tres. Dos.

Un piloto rojo se encendió en la cámara. Detrás de aquel obturador millones de miradas esperaban, con la ansiedad de hienas frente a un cadáver reciente, las últimas novedades del suceso de moda. Sara miró fijamente al objetivo. Tenía la boca seca. Podía notar las palpitaciones de su corazón en el centro mismo de su garganta. Cada vez eran más habituales los momentos de vacío en los que no se sentía capaz de seguir con aquel ejercicio que cubría la porquería con brillantina. Pasaron algunos segundos de silencio espeso. De repente, a la espalda de Sara, una puerta se abrió. El ayudante de producción comenzó a gesticular frenéticamente como un director ante una orquesta imaginaria. Sara se giró y se encontró frente al padre del niño desaparecido.

-¿Es verdad...? – balbuceó - ¿Es cierto que la policía le está investigando como sospechoso en el caso?

El padre se detuvo y clavó sus ojos en Sara. No la miraba con odio, ni siquiera con el desprecio propio del perseguido que se sabe en una posición de superioridad moral respecto a su acosador. No, la miraba con algo cercano a la compasión, la miraba como si en el fondo se apiadara de ella.

#### 4.-

-Se han repartido fotos del niño por toda la ciudad. La tarde en la que fue visto por última vez vestía pantalón corto y una chaqueta de rayas rojas y blancas – dijo en la pantalla la reportera rubia.

Magdalena veía todas las tardes el magacín de actualidad del canal ocho. Era el que dedicaba más horas de programación a la historia del niño discapacitado que había desaparecido precisamente en su portal. Lo veía con el corazón encogido, temiéndose lo peor, y al escuchar las palabras de la reportera, sintió que sus pies se hundían de pronto en una laguna helada. En ese instante una luz breve alteró la oscuridad del pasillo. Lalo cruzó el salón hacia la calle cargado con una bolsa de deporte.

-Hijo, ¿te vas? – dijo Magdalena.

Lalo no respondió. Salió de la casa y cerró dando un portazo que hizo crujir de placer a las grietas de las paredes.

Magdalena esperó unos minutos. Esperó hasta que estuvo segura de que Lalo se encontraba muy lejos. Después se levantó y se perdió en la penumbra hacia la habitación de su hijo.

## 5.-

Ese trabajo era todo un chollo. Vigilante nocturno en una fundición. Lalo podía hacer prácticamente lo que quisiera durante su turno. Nadie le prestaba la más mínima atención. De hecho la mayoría de los empleados ni siquiera sabía su nombre.

Lalo subió a la pasarela metálica y dejó caer la bolsa de deporte en el gigantesco crisol de hierro colado. Al entrar en contacto con el metal líquido la tela de la bolsa se rasgó bajo la cremallera escupiendo una bota ortopédica que borboteó brevemente sobre la lava hasta que finalmente desapareció, consumida por el fuego.



## 6.-

Marcos esperaba en el andén. Podía notar en su nuca los ojos curiosos del resto de los viajeros. Su rostro se había hecho popular en los últimos días. Muchos de aquellos que lo miraban, probablemente lo hacían porque no recordaban su nombre, simplemente observaban a alguien que les resultaba familiar. Otros, sin embargo, sí que sabían quién era él.

-Usted me da asco – le dijo una anciana escupiéndole entre los pies.

Marcos ya no prestaba atención a las acusaciones vagas de los desconocidos. Ya no se molestaba en preguntarse por qué se le consideraba el principal sospechoso. No. Desde hacía un par de días, una única frase ocupaba todos sus pensamientos.

-Esa tarde eras tú quien cuidaba de él – le había dicho su mujer en un arrebato de jarrones y vasos estrellados contra el suelo.

Su esposa se había disculpado más tarde por haber insinuado que él tenía una mayor cuota de responsabilidad en la desaparición de su hijo, pero las palabras quedaron grabadas a fuego en Marcos. En el fondo, sabía que ella tenía razón. En el fondo, Marcos sabía que él era el culpable de todo.

Quedaban dos minutos para que el metro llegara a la estación. Marcos se acercó a la vía, dio un salto y comenzó a correr entre los raíles, hacia el túnel.

## 7.-

Un pitido intermitente empezó a sonar en el panel de mandos.

-¿Qué es eso? – dijo la muchacha.

-Eso, Lucía, es el pedal de hombre muerto.

-Me llamo Silvia.

Acababan de conocerse. Era la primera vez que Raúl invitaba a una chica a subir a la cabina del metro. Estaba prohibido pero sabía que los otros conductores lo hacían a menudo y a él no solían presentársele oportunidades como aquella.

-Silvia, entonces.

-¿Y qué es el pedal de hombre muerto?

-Un mecanismo de seguridad. Cada cierto tiempo he de pulsar un botón. Cuando suena ese pitido tengo un minuto para accionarlo. Si no lo hago el tren se pararía.

-¿Por qué?

-Imagina que me desmayo o que muero mientras conduzco. Si no existiera este pulsador el metro seguiría avanzando eternamente – dijo Raúl presionando una pequeña palanca que detuvo el pitido.

-Ya veo.

-¿Sabes? Creo que en el fondo todos tenemos nuestro propio pedal de hombre muerto. Una especie de botón que apretamos de vez en cuando para recordarnos que seguimos vivos, un botón que nos hace levantarnos cada mañana hasta que un día renunciamos, dejamos de pulsarlo y nos detenemos por completo.

-Estás hecho un poeta.

Desde que lo estudiara en las oposiciones a maquinista, Raúl se había imaginado el pedal de hombre muerto como una metáfora a pequeña escala de la vida, pero hasta ese instante nunca le había contado a nadie aquella idea, y al hacerlo le resultó repentinamente estúpida.

El tren avanzaba en silencio. Silvia se le ovilló en su brazo. Raúl podía sentir en ella un calor de atardecer, y un ligero aroma a pino y a magdalenas recién hechas que se concentraba en su cuello. Dejó caer disimuladamente una mano en la cintura de la muchacha. Sus dedos comenzaron a jugar en el pequeño espacio libre que se adivinaba entre el botón superior del pantalón y la ropa interior. Estaba a punto de besarla.

-¿Qué es aquello? – dijo Silvia de pronto.

A unos setecientos u ochocientos metros en línea recta, al fondo del túnel, una figura humana se acercaba a toda velocidad

-¡Es un hombre! Raúl, ¡es un hombre! ¡Tienes que parar!

-No, no. Ya es tarde.

-¿Qué? ¿Qué dices? Frena. Haz algo, por el amor de Dios.

El desconocido corría hacia la cabina. En unos segundos el metro lo arrollaría. Raúl había escuchado hablar de aquellos tipos. Solitarios, desesperados, consumidos. Se arrojaban a la vía y no podías hacer nada por evitar el choque. Miró el freno de mano. Pensó en tirar de él, pero a esa velocidad detener el tren de golpe haría que descarrilaran todos los vagones. Con toda seguridad mataría a varios pasajeros. Decidió seguir adelante. Silvia lo miraba sin entender por qué no impedía la muerte de aquel hombre.

-Lo siento, pero no puedo parar.

Raúl deseó que fuera rápido, que el golpe resultara certero, que no hiciera que el tren se saliera de la vía. Deseó que Silvia cerrara los ojos. Deseó que le dejara seguir con la mano en su cintura unos minutos más, al menos hasta la próxima estación.

## 8.-

Unas niñas en edad de ansiar ferozmente dejar de serlo curioseaban en el patio interior de la urbanización Los Cisnes. Se había puesto de moda entre los chicos del barrio echar un vistazo al lugar en el que Luis había jugado al fútbol por última vez.

Lalo se cruzó con ellas al entrar en el portal. Se dejó impregnar por sus cuchicheos de ardillas en plena merienda y subió corriendo las escaleras del edificio. Cuando entró jadeando en su casa su madre lo esperaba en el recibidor.

-Lalo, tenemos que hablar.

-Ahora no. Déjame.

Lalo corrió a su dormitorio. Sacó la cabeza por la ventana. Las niñas seguían en el patio.

-Lalo.

-Pero, ¿qué coño quieres?

Lalo se giró hacia la puerta de su cuarto, pero antes de encontrarse con los brazos en jarras de su madre, tropezó su mirada con la estantería vacía. No estaba la muñeca tuerta, ni la pelota de tenis, ni la mochila verde, ni el libro de ortografía. No estaba la chaqueta rojiblanca de punto fino.

-Mamá, ¿qué has hecho con mis cosas?

-Lalo, ¿fuiste tú?

-¿Mamá...?

-Sí, claro que fuiste tú.

-Mamá, ¿qué demonios has hecho con mis cosas? – dijo Lalo saltando hacia su madre, estrujando el cuerpo de la mujer entre sus manos de gigante, levantándola en vilo, aplastándola contra la pared.

-Las he tirado. Lalo, suéltame.

-¿Qué?

Los dedos de Lalo se aflojaron al instante. Las puntas de los pies de Magdalena retomaron el suelo.

-Hijo, me prometiste que no volverías a hacerlo.

-Y no hice nada. Te lo juro.

Lalo se apagaba como una vela en un funeral. Lalo era una hoja que cae. Lalo comenzaba a temblar. La mujer, mientras tanto, le acariciaba la cabeza. Después sacó un pañuelo del bolsillo interior de su bata y le secó el sudor que se le concentraba a Lalo en la barbilla.

-Me pidió dinero, mamá. Y le di todo lo que tenía. Y me dijo que le acercara su bota. Y se la recogí, pero cuando me gire para dársela se había esfumado. Lo único que quedaba de él era su chaqueta. Me deshice de la bota pero no sé, no sé por qué me quedé con la chaqueta. Esa es la verdad, mamá. Es la verdad. No fue como las otras veces. Tienes que creerme, mamá, ¿no me crees?

-No, por supuesto que no te creo. No puedo creerte. Ya no. Y esto no debe suceder de nuevo. Lalo, ¿has entendido? La próxima vez se lo contaré a la policía. En serio, hijo. Lo haré.

El hombre gordo tardó unos segundos en asimilar lo que acababa de escuchar. Levantó la mirada hacia su madre y finalmente habló.

-No. No lo harás – dijo.

Las niñas que querían dejar de serlo no sabían muy bien qué hacer. Seguían en el patio interior de la urbanización Los Cisnes mirando al hueco en el que habían estado las porterías, como si esperaran la llegada de un autobús que habría de llevarlas a otro mundo, cuando, de pronto, un estrépito de huesos y carne contra el cemento las arrastró de regreso a la realidad. Las chicas se giraron en perfecta sincronía para descubrir, a sus pies, el cuerpo sin vida de una mujer con aspecto de recepcionista en un servicio de atención al cliente.

Acababan de comenzar las niñas una sinfonía de gritos de terror cuando otro cuerpo, mucho más grande y pesado, cayó desde un tercer piso junto al cadáver de la mujer.

#### 9.-

-Hace unos días se cumplió el décimo aniversario del caso que inspiró su primera novela: la desaparición del niño Luis Escalona – el entrevistador se inclinó hacia delante, uniendo el índice y el pulgar de la mano derecha en un círculo casi perfecto y entornando levemente los ojos, como un gurú en pleno trance -. En aquella época usted trabajaba en el canal Ocho de televisión y vivió muy de cerca la investigación policial, ¿en qué medida le afectó todo el asunto?

Sara se deslizó ligeramente en su silla y tomó aire.

-Bueno, para mí fue casi una revelación. Después de aquel caso, sentí que ya no podía más, que tenía que dejar el periodismo.

-Y se hizo novelista.

-Sí.

-¿Fue una buena decisión para usted?

-Desde luego.

-En la novela la identidad del culpable es un misterio, ¿sigue pensando así? Ya sabe que con el suicidio del padre mucha gente asumió que él se estaba declarando responsable de la desaparición del niño.

-La novela es novela. Es ficción. La realidad la desconozco.

## 10.-

El metro entró en la última parada de la línea. Después sólo había vacío, chabolas y miseria. A Raúl aún le quedaban dos horas de su turno de trabajo. Aún le quedaban dos horas de paz, dos horas antes de regresar a casa con Silvia y con los niños, dos horas antes de enfangarse un día más en el infierno de silencios, comidas frías y camas separadas. Se preguntó cuanto tiempo resistiría antes de renunciar para siempre. En ese instante, un pitido intermitente invadió el panel de mandos de su cabina.

El metro se detuvo lentamente en el andén. Las puertas se abrieron. Apenas viajaba nadie en el tren a esas horas. Sólo del segundo vagón se apeó un vagabundo. Caminaba despacio, encorvado, con la cabeza replegada contra el pecho, oculto incluso de sí mismo. Cuando pasó al lado de la cabina, Raúl se dio cuenta de que no era más que un muchacho. Lo siguió con la mirada. El vagabundo comenzó a subir las escaleras dubitativo, dando la impresión de que en cualquier instante se podría caer. En cada paso todo su cuerpo se volcaba hacia la izquierda, cojeando en una torsión imposible que amenazaba con quebrarlo como si fuera una rama seca, pero después, al superar el escalón, elevaba el tronco y seguía avanzando mágicamente, hasta que terminó por desaparecer, hasta que se perdió más allá de donde alcanzaba a ver el maquinista.

**Seudónimo: Onoff**